

la misma persona; únicamente que hay dos faltas menos que en el tuyo. ¿No prueba esto que me quería más que á ti?

—Esto prueba que tú eres un imbécil—le respondió Marcelo:—los hombros blancos y los blancos brazos no necesitan saber gramática.



IV

ALI-RODOLFO Ó EL TURCO POR FUERZA

Lanzado al ostracismo por un propietario sin entrañas, Rodolfo vivía desde hacía algún tiempo más errante que las nubes, y perfeccionaba lo mejor que sabía el arte de acostarse sin cenar, ó de cenar sin acostarse; su cocinero se llamaba Azar, y se albergaba con frecuencia en la posada de la Intemperie.

Dos cosas, sin embargo, no abandonaban á Rodolfo en medio de sus penosos reveses; su buen humor y el manuscrito de *El Vengador*, drama que había recorrido las administraciones de todos los teatros de París.

Un día que Rodolfo fué conducido al cuartelillo á causa de ciertos excesos coreográficos, se encontró de manos á boca con un tío suyo, el señor Monetti, constructor de estufas, sargento de la guardia nacional, á quien Rodolfo no había visto desde tiempo inmemorial.

Conmovido por las desdichas de su sobrino, el tío Monetti prometióle mejorar su posición, y aho-

ra vamos á ver de qué manera, si el lector no se asusta de tener que subir seis pisos.

Apoyémonos, pues, en la baranda, y subamos. ¡Uf! ciento veinte escalones. Ya hemos llegado. Un paso más y estamos en el cuarto, en el que no cabríamos si fuéramos uno más. Es reducido, pero es alto; por lo demás, buen aire y hermosa vista.

El mueblaje se compone de varias chimeneas á la prusiana, de dos estufas, de hornillos económicos, sobre todo si no se enciende lumbre en ellos, de una docena de tubos de tierra cocida ó de plancha de hierro y multitud de aparatos de calefacción; citemos todavía, para completar el inventario, una hamaca suspendida de dos clavos fijos en la pared, una silla de jardín con una pierna amputada, un candelero adornado con su arandela y otros varios objetos de arte y de fantasía.

En cuanto á la segunda estancia, el balcón, dos cípreses enanos, colocados en macetas, la transforman en parque de verano.

En el momento en que entramos, el huésped de la casa, un joven vestido de turco de ópera bufa, está terminando un almuerzo en el que viola descaradamente la ley del Profeta, según se desprende por la presencia de desperdicios de jamón y de una botella que estuvo llena de vino. Terminada su comida, el joven turco se tendió á la oriental en el suelo, y se puso á fumar con indolencia una pipa turca marcada con las iniciales J. G. Mientras se abandonaba á aquella asiática felicidad, pasaba de vez en cuando la mano por el lomo de un magnífico perro de Terranova, que hubiera correspondido sin duda á sus caricias á no ser de barro cocido.

De pronto se oyeron pasos en el corredor, y la puerta del cuarto se abrió, dando paso á un personaje que, sin decir palabra, se dirigió en derecha á uno de los caloríferos que servía de *secrétaire*, abrió la portezuela del hornillo y sacó un rollo de papeles que repasó con atención.

—¡Cómo!—gritó el recién llegado con marcado acento piamontés,—¿todavía no has acabado el capítulo de los Ventiladores?

—Permitame, tío, que le diga—respondió el turco—que el capítulo de los Ventiladores es uno de los más interesantes de su obra, y requiere que se estudie con cuidado. Lo estoy estudiando.

—Pero, desgraciado, siempre me dices lo mismo. ¿Y mi capítulo de los Caloríferos, dónde está?

—El calorífero va bien. Mas, á propósito, tío, si me mandara usted un poco de leña, no me vendría mal. Esto es una pequeña Siberia. Tengo tanto frío, que haría descender el termómetro más abajo del cero, con sólo mirarlo.

—¡Cómo! ¿has consumido ya un haz?

—Perdone usted, tío, hay haces y haces (1), y el suyo era bastante pequeño.

—Te enviaré un tronco económico (2). Conserva más el calor.

—Lo conserva precisamente porque no lo da.

—Pues bien—dijo el piamontés marchándose—mandaré que te suban un haz pequeño. Pero quie-

(1) El *calembour* «il y a fagots et fagots» es intraducible en el presente caso, pues la palabra *fagot* tiene en francés la aceptación de *neccio* además de la de *haz*.

(2) En el mismo caso se encuentra la palabra *bûche*, que significa *tronco* y *tonto*.

ro que para mañana esté listo el capítulo de los Caloríferos.

—Cuando tenga calor, tendré inspiración—dijo el turco á quien acababan de encerrar bajo llave.

Si escribiéramos una tragedia, éste sería el momento de que apareciera el confidente. Se llamaría Nureddin ú Osmán, y, con aire á la vez discreto y protector, se adelantaría hasta nuestro héroe y le soltaría los siguientes versos:

Señor ¿qué horrenda pena—aflige vuestra vida?
 ¿Por qué la Augusta frente—mostráis obscurecida?
 ¿Acaso vuestros planes—Alah cruel rechaza?
 ¿O el sanguinario Ali—severo os amenaza,
 Los votos conociendo—de vuestro corazón,
 Con desterrar la bella—que fué vuestra ilusión?

Pero nosotros no escribimos ninguna tragedia, y á pesar de que necesitamos un confidente, tendremos que prescindir de él.

Nuestro héroe no es lo que parece: el turbante no hace al turco. El joven es nuestro amigo Rodolfo recogido por su tío, para quien está redactando un *Manual del Perfecto Fumista*. Efectivamente, el señor Monetti, apasionado por su arte, había consagrado sus días á la fumistería. El digno piamontés había arreglado para su uso particular, una máxima poco más ó menos igual á la de Cicerón, y en sus momentos de entusiasmo exclamaba: *Nascuntur poë... liers.* (1). Un día, pensando en ser útil á las razas futuras, se le ocurrió formular un código teórico de los principios del arte en el que tanto sobresalía, y, según hemos visto, escogió á su sobrino para encuadrar el

(1) *Poëtier*; fumista.

fondo de sus ideas en una forma que las hiciera comprensibles. Rodolfo tenía comida, cama, casa, etc... y debía percibir, á la terminación del *Manual*, una gratificación de cien escudos.

Al principio, para animar á su sobrino, Monetti le había adelantado generosamente cincuenta francos. Pero Rodolfo, que no había visto una suma igual hacía más de un año, salió enloquecido en compañía de sus escudos, y permaneció tres días fuera de casa: ¡al cuarto día volvió solo!

Monetti, que tenía prisa por acabar su *Manual*, con el que esperaba obtener un privilegio, temió que su sobrino hiciera otras escapatorias; y para obligarle á trabajar, impidiéndole salir, le quitó sus vestidos y le dejó en su lugar, el disfraz bajo el cual le acabamos de ver.

Empero, el famoso *Manual*, no por esto adelantaba menos *piano, piano*, pues Rodolfo carecía de las cuerdas necesarias para aquel género de literatura. Su tío se vengaba de su indiferencia holgazana en materia de chimeneas, haciendo sufrir á su sobrino una sarta interminable de miserias. Ora le acortaba la ración, ora le privaba de tabaco.

Un domingo, después de haber sudado sangre y tinta sobre el famoso capítulo de los ventiladores, Rodolfo rompió la pluma que le quemaba los dedos, y se fué á pasearse por el parque.

Como para burlarse de él y excitar más su deseo, no podía lanzar una mirada en torno suyo sin apercibir en todas las ventanas una cara de fumador.

En el dorado balcón de una casa nueva, un elegante vestido de bata, mascullaba entre sus dientes el aristocrático habano. Un piso más arriba,

un artista echaba á grandes bocanadas las nubes olorosas de un tabaco levantino que ardía en una pipa con boquilla de ámbar. En la ventana de una cervecería un rubicundo alemán soplabla la espuma de su cerveza y despedía con precisión mecánica las nubes opacas que se escapaban de una pipa de Cudmer. Al otro lado pasaban cantando grupos de obreros que se dirigían á las barreras, con la pipa corta entre los dientes. Todos los demás transeuntes, en fin, que pasaban por la calle, fumaban.

—¡ Ah!—dijo Rodolfo con envidia,—á excepción de mí y de las chimeneas de mi tío, todo el mundo fuma en la creación, á estas horas.

Y Rodolfo, con la frente apoyada en la baranda del balcón, consideró cuán amarga es la vida.

De pronto oyó debajo de él una larga y ruidosa carcajada. Rodolfo se asomó un poco para ver de donde salía aquel cohete de loca alegría, y se *apercibió* de que había sido *apercibido* por la inquilina del piso inferior: la señorita Sidonia, dama joven del teatro del Luxemburgo.

La señorita Sidonia salió al terrado liando entre sus dedos, con habilidad española, un papel relleno con tabaco amarillo que sacaba de una bolsa de terciopelo bordado.

—¡ Oh, qué hermosa tabaquera!—murmuró Rodolfo en contemplativa adoración.

—¿ Quién será este *Ali-Baba*?—pensó por su parte la señorita Sidonia.

E imaginó un pretexto para entablar conversación con Rodolfo; quien á su vez deseaba lo mismo.

—¡ Diantre! ¡ qué contrariedad!—exclamó la se-

ñorita Sidonia, como si hablara consigo misma.
—¡ Pues no me encuentro sin fósforos!

—Señorita ¿ me hará el obsequio de aceptar los que le ofrezco?—dijo Rodolfo dejando caer desde el balcón dos ó tres fósforos químicos envueltos en un papel.

—Muchas gracias—respondió Sidonia encendiendo su cigarrillo.

—Oiga usted, señorita...—prosiguió Rodolfo—á cambio del pequeño servicio que mi *buena estrella* me ha permitido hacerle, ¿ podría atreverme á pedirle?...

—¡ Cómo! ¿ ya pide?—pensó Sidonia examinando á Rodolfo con más atención.—¡ Ah!—dijo—¡ esos turcos! tienen fama de volubles, pero son muy simpáticos: Hable usted, caballero—dijo luego levantando la cabeza hacia Rodolfo:—¿ qué desea usted?

—¡ Oh! señorita, deseo pedirle la limosna de un poco de tabaco; hace dos días que no fumo. Tan sólo una pipa...

—Con mucho gusto, caballero... Pero ¿ cómo lo vamos á hacer? Tómese usted la molestia de bajar un piso...

—¡ Ay! esto no es posible. Estoy encerrado; pero me queda el recurso de emplear un medio muy simple—dijo Rodolfo.

Y ató su pipa á un bramante y la deslizó hasta la azotea, donde la señorita Sidonia la llenó abundantemente con sus propias manos. Rodolfo procedió en seguida, con gran lentitud y cuidado, á la ascensión de la pipa, que llegó á él sin contratiempos.

—¡ Ah, señorita!—dijo á Sidonia—¡ cuánto me-

—jor me sabría este tabaco si pudiera encenderlo en la lumbre de sus ojos de usted!

La señorita Sidonia oía este piropo al menos por la centésima vez; no obstante, no dejó de encontrarlo soberbio.

—¡Usted me lisonjea!—le pareció conveniente contestar.

—¡Ah! señorita, le aseguro que me parece usted hermosa como las tres Gracias.

—Decididamente, *Ahí Baba* es muy galante—pensó Sidonia...—¿Pero es usted verdaderamente turco?—preguntó á Rodolfo.

—No por vocación—respondió aquél—sino por necesidad; soy autor dramático, señorita.

—Y yo, artista—respondió Sidonia.

Luego añadió:

—Señor vecino, ¿quiere usted hacerme el honor de comer y pasar la velada conmigo?

—¡Ah! señorita, aunque esta proposición me entreabre el cielo, me es imposible aceptar. Según he tenido el honor de decirle, estoy encerrado por mi tío, el señor Monetti, fumista, de quien soy secretario actualmente.

—No por esto dejará de comer usted conmigo—replicó Sidonia;—óigame con atención: voy á entrar en mi cuarto y golpearé el techo. Fíjese en la dirección de los golpes y verá usted las huellas de una trampilla que hubo hace tiempo y condenaron después: procure usted quitar la pieza de madera que tapa el agujero, y, aunque cada cual esté en su casa, permaneceremos casi juntos...

Rodolfo puso inmediatamente manos á la obra. Al cabo de cinco minutos de trabajo, quedaba establecida la comunicación entre ambos cuartos.

—¡Ah!—dijo Rodolfo—el agujero es pequeñito, pero siempre quedará espacio suficiente para enviarle á usted mi corazón.

—Ahora—dijo Sidonia—vamos á comer... Prepare su cubierto, que voy á pasarle los platos.

Rodolfo deslizó su turbante atado á un cordel, al cuarto de debajo, y lo volvió á subir cargado de comestibles; y el poeta y la artista, cada cual desde su sitio, se pusieron á comer á la vez. Rodolfo iba devorando con los dientes el pastel, y con los ojos á Sidonia.

—¡Ay! señorita,—dijo Rodolfo cuando hubieron terminado de comer,—gracias á usted, mi estómago está satisfecho. ¿No podría usted satisfacer también el hambre de mi corazón, que hace mucho tiempo que está en ayunas?

—¡Pobre muchacho!—dijo Sidonia.

Y, subiéndose á un mueble, acercó su mano á los labios de Rodolfo, que se la *enguantó* de besos.

—¡Ah!—exclamó el joven.—Que lástima que no pueda usted hacer como San Dionisio, que tenía la facultad de llevar su cabeza en las manos.

Después de comer se entabló una conversación amorosa-literaria. Rodolfo habló de *El Vengador* y la señorita Sidonia le pidió que se lo leyera. Asomado en el agujero, Rodolfo empezó á declamar su drama á la actriz, quien, para oír mejor, se había sentado en una butaca encaramada sobre una cómoda. La señorita Sidonia declaró que *El Vengador* era una obra maestra; y como ella gozaba de alguna influencia en el teatro, prometió á Rodolfo que le haría admitir su drama.

En el momento más tierno de la conversación, el tío Monetti hizo oír en el pasillo su paso ligero

como el del *Comendador*. Rodolfo sólo tuvo tiempo para cerrar la trampa.

—Toma,—dijo Monetti á su sobrino,—aquí tienes una carta que te persigue desde hace un mes.

—Veremos,—dijo Rodolfo.—¡Ah! tío mío,—gritó,—tío mío ¡soy rico! Esta carta me anuncia que he ganado un premio de trescientos francos en un certamen de Juegos Florales. ¡Pronto! mi levita y demás *adminículos*, para que pueda ir á recoger mis laureles. Me esperan en el Capitolio.

—¿Y mi capítulo de los Ventiladores? —dijo friamente Monetti.

—¡Eh! tío, la cosa ha cambiado de aspecto. Devuélvame mis *adminículos*. No quiero salir con este equipo.

—Tú no saldrás hasta que esté terminado mi *Manual*,—dijo el tío á Rodolfo mientras lo encerraba dando dos vueltas á la llave.

Así que se quedó solo, Rodolfo no vaciló por mucho tiempo respecto al partido que debía tomar... Ató sólidamente á su balcón una sábana transformada en cuerda de nudos; y á pesar del peligro de su empresa, bajó, por medio de aquella escalera improvisada, al terradillo de la señorita Sidonia.

—¿Quién hay?—gritó ésta al oír que Rodolfo llamaba á los cristales de su balcón.

—Silencio,—respondió,—abra usted...

—¿Qué quiere usted? ¿Quién es?

—¿Y lo pregunta usted? Soy el autor de *El Vengador*, y vengo en busca de mi corazón que he dejado caer en vuestro cuarto por el agujero de la trampa.

—¡Desgraciado!—dijo la actriz.—¡Se hubiera podido matar usted!

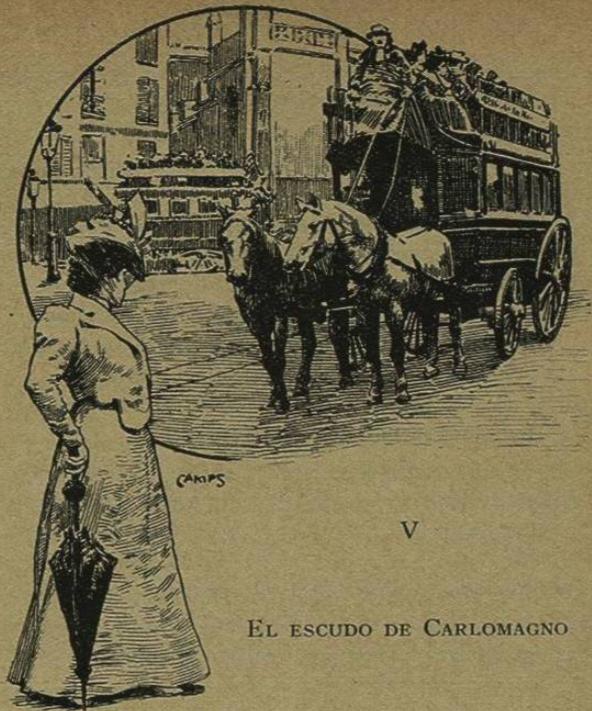
—Oiga, Sidonia... —prosiguió Rodolfo enseñándole la carta que acababa de recibir.—Ya ve usted, la fortuna y la gloria me sonríen... ¡Qué haga el amor lo mismo!...

Al día siguiente, merced á un traje masculino que le proporcionó Sidonia, Rodolfo pudo escaparse de casa de su tío... Corrió á casa del corresponsal del certamen de los Juegos Florales, de quien recibió una rosa de oro de cien escudos de fuerza, que vivieron poco más ó menos lo que viven las rosas.

Un mes después, el señor Monetti estaba convidado, por su sobrino, á asistir á la primera representación de *El Vengador*. Gracias al talento de la señorita Sidonia, la obra obtuvo diez y siete representaciones y produjo cuarenta francos á su autor.

Algún tiempo después, ya en la buena estación, Rodolfo vivía en la avenida de Saint-Cloud, en el tercer árbol á la izquierda saliendo del bosque de Bolonia, en la quinta rama.





EL ESCUDO DE CARLOMAGNO

A fines del mes de Diciembre, los carteros de la administración Bidault, recibieron el encargo de distribuir unos cien ejemplares de un billete de participación, cuya copia incluimos respondiendo sinceramente de su veracidad:

«Señor...

«Los señores Rodolfo y Marcelo ruegan á usted se sirva dispensarles el honor de pasar la noche del sábado, víspera de Navidad, en esta su casa. ¡Habrà bulla!

»P. D. ¡¡ No se vive más que una vez!!

PROGRAMA DE LA FIESTA

»A las 7, apertura de los salones; conversación alegre y animada.

»A las 8, entrada y paseo por los salones de los espirituales autores de *El Parto de los Montes*, comedia rehusada en el teatro del Odeón.

»A las 8 y media, el señor Alejandro Schaunard, distinguido artista, ejecutará al piano la *Influencia del azul en las artes*, sinfonía imitativa.

»A las 9, primera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de la tragedia.

»A las 9 y media, el señor Gustavo Colline, filósofo hiperfísico, y el señor Schaunard, entablarán una discusión de filosofía y de metapolítica comparadas. Con objeto de evitar toda colisión entre ambos antagonistas, serán atados uno con otro.

»A las 10, el señor Tristán, literato, relatará sus primeros amores. El señor Alejandro Schaunard le acompañará al piano.

»A las 10 y media, segunda lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de la tragedia.

»A las 11, relación de una cacería de casoares, por un príncipe extranjero.

SEGUNDA PARTE

»A media noche, el señor Marcelo, pintor de historia, con los ojos vendados, improvisará con el yeso la entrevista de Napoleón y de Voltaire en los Campos Elíseos. El señor Rodolfo improvisará á su vez un paralelo entre el autor de *Zaira* y el autor de *La batalla de Austerlitz*.

»A las 12 y media el señor Gustavo Colline,

désnudo modestamente, imitará los juegos atléticos de la cuarta olimpiada.

»A la una de la madrugada, tercera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de la tragedia, y colecta á beneficio de los autores trágicos que puedan hallarse un día sin recursos.

»A las 2, apertura de los juegos y organización de las cuadrillas de danza, que se prolongarán hasta el amanecer.

»A las 6, salida del sol y coro final.

»Mientras dure la fiesta funcionarán los ventiladores.

»Nota.—Toda persona que intentare leer ó recitar versos, será echada inmediatamente de los salones y entregada á la policía; se ruega además á los invitados que no se lleven los cabos de vela».

Dos días después, circulaban algunos ejemplares de esa invitación entre el estado bajo de la literatura y de las artes, siendo objeto de infinitos comentarios.

No obstante, entre los invitados, había algunos que ponían en duda las esplendideces prometidas por los dos amigos.

—Yo no me fio,—decía uno de aquellos escépticos;—ya otras veces he estado en los Miércoles de Rodolfo, en la calle de la Tour-d'Auvegne, donde sólo podíamos sentarnos moralmente, y donde se bebía agua sucia en vasos eclécticos.

—Esta vez,—dijo otro,—la cosa será más seria. Marcelo me ha enseñado el plan de la fiesta, y promete ser de un aspecto mágico.

—¿Habrà mujeres?

—Sí. Eufemia la Tintorera ha solicitado ser

reina de la fiesta, y Schounard llevará señoras del gran mundo.

He aquí, en pocas palabras, el origen de esa fiesta que tan grande estupefacción causaba entre el mundo bohemio que vive al otro lado de los puentes. Hacía próximamente un año que Marcelo y Rodolfo habían anunciado aquel suntuoso recibimiento de gala, que debía tener lugar siempre el *sábado próximo*; pero por lamentables circunstancias, viéronse obligados á suspender su promesa durante cincuenta y dos semanas, de tal suerte que no podían dar un paso sin tropezar con las chanzas de sus amigos, entre los cuales los había suficientemente indiscretos hasta para formular enérgicas reclamaciones. La cosa empezaba á tomar el carácter de una burla, por lo que los dos amigos resolvieron terminarla liquidando su compromiso. En su consecuencia repartieron las invitaciones cuyo texto hemos copiado más arriba.

—Ahora,—decía Rodolfo,—no podemos ya retroceder, hemos quemado nuestras naves; nos quedan ocho días para encontrar los cien francos indispensables para realizar las cosas debidamente.

—Puesto que los necesitamos, los tendremos—respondió Marcelo. Y con la insolente confianza que tenían en la casualidad, ambos amigos se adormecieron convencidos de que sus cien francos estaban ya en camino; por el camino de lo imposible.

Así llegaron á la víspera del día señalado para la fiesta, y como el dinero no venía, Rodolfo pensó que sería tal vez más seguro ayudar á la casualidad, si querían evitar un bochorno cuando

llegara la hora de encender las arañas. Para facilitar sus propósitos, los dos amigos modificaron progresivamente las suntuosidades del programa que se habían impuesto.

Y de modificación en modificación, después de haber hecho sufrir importantes mutilaciones al capítulo de Pasteles, después de haber revisado y disminuído cuidadosamente el capítulo de Refrescos, el total de los gastos quedó reducido á quince francos.

La cuestión quedaba simplificada, mas no resuelta todavía.

—Veamos, veamos—dijo Rodolfo;—ahora es preciso recurrir á los grandes medios; en primer lugar, no podemos aplazar la fiesta para otro día.

—Imposible—afirmó Marcelo.

—¿Cuánto tiempo hace que no he oído el relato de la batalla de Studzianka?

—Unos dos meses.

—¿Dos meses? Está bien, es un plazo decente, mi tío no podrá quejarse. Mañana iré á que me cuente la batalla de Studzianka, lo que me valdrá cinco francos, con toda seguridad.

—Y yo—dijo Marcelo—iré á vender mi *Castillo abandonado* al viejo Médicis. Serán otros cinco francos. Si tengo tiempo para añadir algunas torrecillas y un molino, tal vez cobre diez francos, y así completaremos nuestro presupuesto.

Y los dos amigos se durmieron, soñando que la princesa de Belgioioso les rogaba que cambiaran sus días de recepción, para que no le quitaran sus contertulios.

Marcelo se despertó muy temprano, y tomando una gran tela, procedió á toda prisa á la construcción de un *Castillo abandonado*, artículo es-

pecial que le pedía un prendero de la plaza del Carrousel. Por su parte Rodolfo fué á visitar á su tío Monetti, que se distinguía por el relato de la retirada de Rusia, y á quien Rodolfo proporcionaba, cinco ó seis veces al año, en circunstancias graves, la satisfacción de explicar sus campañas, mediante el préstamo de algunos francos que el veterano fumista no regateaba con exceso si se oían con mucho entusiasmo sus descripciones.

A las dos, Marcelo, que iba con la frente obscurcida y una tela bajo el brazo, encontró en la plaza del Carrousel á Rodolfo que volvía de casa de su tío; su aspecto anunciaba una mala noticia.

—¿Qué tal?—dijo Marcelo—¿has conseguido algo?

—No, mi tío ha ido á ver el museo de Versalles, ¿Y tú?

—Aquel animal de Médicis no quiere más *Castillos abandonados*; ahora me ha pedido un *Bombardeo de Tânger*.

—Nuestra reputación está perdida si no damos la fiesta—murmuró Rodolfo.—¿Qué pensará nuestro amigo el crítico influyente, si le hago poner la corbata blanca y los guantes amarillos por nada?

Y ambos volvieron al taller presa de hondas inquietudes.

En aquel momento daban las cuatro en el reloj de un vecino.

—No nos quedan más que tres horas—dijo Rodolfo.

—Pero—exclamó Marcelo acercándose á su amigo—¿estás seguro, perfectamente seguro de que no nos queda dinero aquí?... ¿Oyes?

—Ni aquí ni en otra parte. ¿De dónde nos había de venir?

—¿Si buscáramos en los muebles... en los sillones? Dícese que los emigrados escondían sus tesoros, en tiempo de Robespierre. ¡Quién sabe!... Nuestro sillón perteneció tal vez á algún emigrado; y además, es tan duro, que muchas veces se me ha ocurrido que podía esconder algunos metales... ¿Quieres que hagamos la autopsia?

—Esto es cosa de sainete—replicó Rodolfo con acento en que la severidad se mezclaba con la indulgencia.

De pronto, Marcelo, que había continuado sus pesquisas por todos los rincones del estudio, dió un grito de triunfo.

—¡Estamos salvados!—gritó,—estaba seguro de que debía haber valores aquí... ¡Toma... mira!—y enseñaba á Rodolfo una moneda grande como un escudo y medio roída por el orín y el cardenillo.

Era una moneda carlovingia de algún valor artístico. En la leyenda, que estaba conservada por fortuna, se podía leer la fecha del reinado de Carlomagno.

—Esto... esto vale franco y medio—dijo Rodolfo echando una ojeada desdeñosa sobre el hallazgo de su amigo.

—Un franco y medio bien empleado produce mucho efecto—respondió Marcelo.—Con mil doscientos hombres, Bonaparte hizo rendir las armas á diez mil austríacos. La astucia iguala al número. Voy á vender el escudo de Carlomagno al tío Médicis. ¿Hay por aquí alguna cosa más que pudiera venderse? Mira, si te parece, me llevaré

también el vaciado de la tibia de Jaconowski, el tambor mayor ruso, para que haga bulto.

—Llévate la tibia. Pero esto es lamentable, no va á quedar aquí ni un solo objeto de arte.

Durante la ausencia de Marcelo, Rodolfo, completamente decidido á dar la velada á toda costa, se fué á ver á su amigo Colline, el filósofo hiperfísico que vivía á dos pasos de allí.

—Vengo para pedirte un favor—dijo.—En mi calidad de dueño de casa, necesito absolutamente un frac negro, y yo... no tengo. Préstame el tuyo.

—Pero—dijo Colline vacilando—en mi calidad de invitado, tengo también necesidad de traje negro.

—Te permito que vengas de levitón.

—Nunca he tenido levitón, ya lo sabes.

—Pues bien, escucha, lo podemos arreglar de otro modo. En caso necesario, puedes prescindir de asistir á mi velada, y me prestas el frac.

—Nada de lo que propones me gusta; y puesto que figuro en el programa, no debo faltar.

—Faltarán muchas otras cosas—dijo Rodolfo.

—Préstame tu frac negro, y si quieres venir, ven como quieras... en mangas de camisa... Pasarás por un doméstico fiel.

—¡Oh! no—dijo Colline ruborizándose.— Me pondré mi gabán avellana. Pero, la verdad, todo esto me disgusta mucho.

Y apercibiéndose de que Rodolfo se había apoderado ya del famoso frac negro, le gritó:

—¡Hombre, espera!... Hay algunas cositas en los bolsillos.

El frac de Colline merece especial mención. En primer lugar era perfectamente azul, y sólo por costumbre Colline lo llamaba su frac negro.

Y como en aquel entonces era el único de la partida que poseía frac, sus amigos habían adquirido también la costumbre de decir, hablando de la vestimenta oficial del filósofo: el frac negro de Colline. En segundo lugar, esa prenda célebre tenía una forma particular, la más extraña que pueda verse: los faldones, muy largos, pendientes de un cuerpo muy corto, tenían dos bolsillos, dos verdaderos abismos, en los que Colline tenía la costumbre de alojar una treintena de volúmenes que llevaba constantemente encima, lo que hacia decir á sus amigos que, durante las vacaciones de las bibliotecas, los sabios y los literatos podían ir á buscar noticias en los bolsillos del frac de Colline, biblioteca abierta constantemente á los lectores.

Aquel día, por caso extraordinario, el frac de Colline no contenía más que un volumen en cuarto de Bayle, un tratado de las facultades hiperfísicas en tres volúmenes, un tomo de Condillac, dos volúmenes de Swedenborg y el *Ensayo sobre el hombre*, de Pope. Cuando hubo aligerado su frac-biblioteca, permitió á Rodolfo que se lo pusiera.

—Mira—dijo éste,—el bolsillo izquierdo pesa mucho todavía; algo habrás dejado en él.

—¡Ah!—dijo Colline—es verdad, me he olvidado de vaciar el bolsillo de las lenguas extranjeras.—Y sacó de él dos gramáticas árabes, un diccionario malasio y un *Perfecto bebedor* en chino, su lectura favorita.

Cuando Rodolfo volvió á su casa, encontró á Marcelo que jugaba al tejo con monedas de cinco francos, en número de tres. En el primer momento, Rodolfo rechazó la mano que le tendía su amigo, pues creyó que se trataba de un crimen.

—Despachémonos, despachémonos,—dijo Marcelo...—Tenemos ya los quince francos que necesitábamos... Te explicaré cómo: en casa de Médicis he encontrado un anticuario. Cuando ha visto mi moneda, casi le ha dado un accidente: era la única que le faltaba para su monetario. Había escrito á todos los países para llenar aquel hueco, y había ya perdido toda esperanza. Así es que, apenas hubo examinado cuidadosamente mi escudo de Carlomagno, no ha vacilado un instante en ofrecerme cinco francos. Médicis me ha dado con el codo, y con una mirada ha completado su idea. Quería decir: partamos los beneficios de la venta y yo pujaré; así hemos llegado hasta treinta francos. He dado quince al judío y aquí tienes lo restante. Ahora ya pueden venir nuestros invitados, porque estamos en condiciones de deslumbrarles. ¡Hola! ¿te has puesto frac negro?

—Sí —dijo Rodolfo,—el frac de Colline. Y buscando en el bolsillo para sacar su pañuelo, Rodolfo dejó caer un pequeño volumen en lengua *manchú*, olvidado en el bolsillo de las literaturas extranjeras.

Ambos amigos procedieron inmediatamente á hacer los preparativos. Arreglaron el taller; encendieron la estufa; suspendieron del techo un bastidor con bujías á guisa de araña, y en el centro del estudio colocaron una mesa para que sirviera de tribuna á los oradores; colocaron enfrente el único sillón que había reservado al crítico influyente, y dispusieron sobre una mesa todos los volúmenes: novelas, poemas y folletines, cuyos autores debían honrar con su presencia aquella velada. Con objeto de evitar cualquiera colisión entre los varios cuerpos literarios, dividieron el

estudio en cuatro compartimentos, en cuyos respectivos ingresos se leía, en inscripciones hechas á toda prisa:

POETAS
PROSISTAS

ROMANTICOS
CLASICOS

Las damas debían ocupar un espacio reservado en el centro.

—¡Caramba! ahora nos faltan sillas—dijo Rodolfo.

—¡Oh!—respondió Marcelo;—en la meseta de la escalera hay algunas colgadas en la pared. ¿Si las tomáramos?

—¡Vaya que sí!—dijo Rodolfo corriendo á apoderarse de las sillas, que pertenecían á algún vecino.

Dieron las seis; los amigos se fueron á comer á toda prisa volviendo en seguida para proceder á la iluminación de los salones, de la que quedaron deslumbrados ellos mismos. A las siete llegó Schaunard acompañando á tres señoras que se habían olvidado de ponerse sus diamantes y sus sombreros. Una de ellas llevaba un chal encarnado, con motas negras. Schaunard la recomendó especialmente á Rodolfo.

—Es una mujer muy distinguida,—dijo—una inglesa que la caída de los Estuardos ha conducido al destierro; vive modestamente dando lecciones de inglés. Su padre fué canciller en tiempo de Cromwell, según me ha dicho; hay que tratarla con consideración; no la tutees demasiado.

Oyéronse ruidosos pasos en la escalera; eran los invitados que llegaban. Todos mostrábanse admirados de ver que en la estufa había fuego.

El frac negro de Rodolfo iba al encuentro de las damas para besarles las manos con una elegancia digna de la regencia; cuando se hubieron reunido unas veinte personas, Schaunard preguntó si se tomaría algo.

—En seguida — dijo Marcelo; — estamos esperando que venga el crítico influyente para encender el ponche.

A las ocho, estaban ya todos los invitados, y se empezó á ejecutar el programa. Cada número de éste se alternaba con refrescos de algo; nunca se ha sabido de qué.

Hacia las diez, apareció el chaleco blanco del crítico influyente; permaneció una hora solamente en la reunión, y fué muy sobrio en la bebida.

A las doce, viendo que se había acabado la leña y que se acentuaba el frío, los invitados que tenían asiento echaron suertes para ver quién tiraría su silla al fuego.

A la una todo el mundo estaba de pie.

Ni por un momento dejó de reinar la más cordial alegría entre los convidados. No hubo que lamentar ningún incidente, salvo un desgarrón en el bolsillo de las lenguas extranjeras del frac de Colline, y una bofetada que Schaunard aplicó á la hija del canciller de Cromwell.

Aquella memorable velada fué objeto de la crónica del barrio durante ocho días; y Eufemia la Tintorera, que había sido reina de la fiesta, acostumbra decir hablando con sus amigas:

—Fué extremadamente espléndida; hubo muchas bujías, pero caras.

